

<circuito berlín>

012



BOTSCHAFT VON SPANIEN

con la colaboración de



Instituto
Cervantes
Berlín

Berlín, entre las apariencias

La guerra era fría, pero era guerra, y ahora está perdida. Así cantaba en el año 1993 Antón Reixa la caída del muro de Berlín. La victoria del oeste 'democrático' y 'pro derechos civiles' puso fin a la 'ocupación' de una de las joyas de la corona, y estamos hablando de Berlín, que así pudo reinventarse como ciudad y superar, definitivamente, no ya el famoso muro sino también su fama de ciudad contestataria setentera. Berlín ha asumido desde entonces, aunque no sin contradicciones, todo el dramatismo cultural que se le puede pedir a la creatividad schumpeteriana del capital. Su dinámico urbanismo ha seguido un proceso de reordenación, demolición, dismantelamiento, edificación y reconstrucción que parece haberse propuesto estrechar un vínculo entre el pasado y el presente que ese hiato histórico llamado República Democrática Alemana había puesto en peligro. De hecho, el nuevo Berlín ha sabido superar a las maravillas este incómodo pasado. Lo ha ido dismantelando y des-terrando, o lo ha convertido en objeto de goce estético al servicio de los flashes de turistas y otros despistados flâneurs; véase sino el estupendo estado en el que se conserva la parafernalia socialista en el edificio del Consejo de Estado en plena Schlossplatz, hoy sede de la European School of Management and Technology. Sabemos que este goce o la mirada estética del turista la había prefigurado Odiseo quien dejándose llevar por la kantiana finalidad sin fines (*Zweckmäßigkeit ohne Zweck*) del contemplador desinteresado fue capaz de convertir el canto de las sirenas en obra de arte pura, como

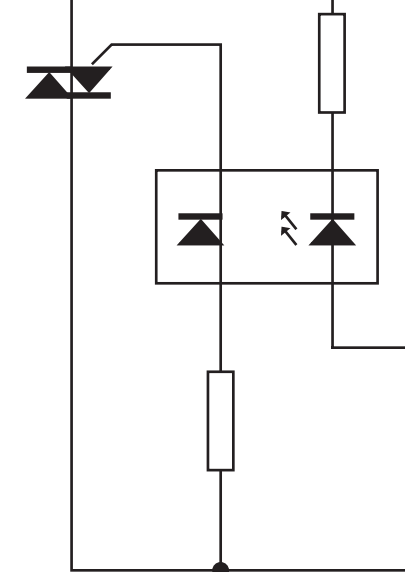
José María Durán Medraño

Doctor en Historia del Arte y actualmente profesor de Historia de la Cultura Europea en la Hochschule für Musik Hanns Eisler. Es autor de numerosos artículos en revistas internacionales y ha publicado, entre otros, *Hacia una crítica de la economía política del arte (2008)* e *Iconoclasia, historia del arte y lucha de clases (2009)* que recibió el premio 'Escritos sobre Arte' de la Fundación Arte y Derecho en su quinta edición.

Horkheimer y Adorno lo supieron ver muy bien: *ihre Lockung wird zum bloßen Gegenstand der Kontemplation neutralisiert, zur Kunst [su seducción es neutralizada en un simple objeto de contemplación, se vuelve arte]*. Lo paradójico de esta contemplación desinteresada es lo *interesante* que resulta como sumisión ideológica a los intereses de ciertos poderes sociales. En el año 2006 fuimos, por ejemplo, testigos de la idea (-ideología) alemana, *Deutschland Land der Ideen*, un esperpéntico paseo tecnológico-cultural que *más allá de las apariencias* devolvió a Alemania a su pasado más moderno: Del dolor de cabeza que el resto del mundo se puede permitir gracias a que contamos con la inestimable ayuda de las aspirinas, hasta las innovadoras botas de fútbol del bueno de Adi Dassler con las que la selección alemana ganó su primer mundial ante la todopoderosa selección húngara; era el año 1954 y la guerra 'fría' no había hecho más que comenzar. Ni que decir tiene que con Marx la contemplación desinteresada de todos estos logros culturales y tecnológicos encubre las relaciones de producción que los hace posibles. Nos enfrentamos así a un mundo fetichizado de objetos con los que se pretende simbolizar el esfuerzo colectivo en sí mismo, pero en donde las relaciones sociales, económicas y políticas que los han hecho posibles han sido suprimidas.

Lo que en relación a esto nos interesa ahora es poner en evidencia la manera cómo se materializa en el espacio urbano una ideología concreta de legitimación que va más allá de una imagen específica del poder político, como en el Regierungsviertel, o del económico, como en la Potsdamer Platz. El de la Potsdamer Platz es, no obstante, un ejemplo ilustrativo de cómo las corporaciones se adueñan del espacio público y lo rediseñan como espacio abierto para el intercambio y la comunicación que evoca el intercambio de gestos, palabras y mercancías de los defensores del *doux commerce* según la famosa fórmula de Montesquieu. Aquí podemos ver de qué manera la ideología no sólo tiene una base material sino que además alimenta el proceso productivo.

En 1929 Franz Hessel, el conocido flâneur berlinés como lo caracterizara Walter Benjamin, ya se hacía eco de las tendencias innovadoras de los arquitectos berlineses que pretendían no sólo transformar el cinturón y las afueras de la ciudad sino también el casco antiguo: *la futu-*



ra Potsdamer Platz estará rodeada de edificios de doce pisos, comentaba Hessel en su *Spazieren in Berlin*. En la postmoderna Potsdamer Platz de hoy las expectativas relativamente modestas de aquellos arquitectos berlineses han sido ampliamente superadas. El espacio de uso público se confunde con la imagen corporativa que ha financiado el espacio, caso del famoso 'Sony Center'. Aunque hoy este complejo ya no pertenece a la Sony sino a un grupo de inversores alemanes y norteamericanos, este lugar revela muy bien lo que se ha dado en llamar las políticas *espaciales* de las corporaciones. En este caso concreto lo que se ha buscado es construir un fructífero diálogo con la histórica Potsdamer Platz de la República de Weimar. De aquella, en los dorados años 20 del siglo pasado, uno de los principales centros urbanos y de comercio de Berlín, hoy la plaza ha sido recuperada para el comercio y el entretenimiento bajo la protección espectacularizada de la corporación, como queda simbolizado en el espectacular techo del 'Sony Center'. También en el barrio contiguo de la 'Daimler' un tercio del espacio ha sido destinado a hoteles, centros comerciales, cines...

Sus arquitectos habían diseñado 20 años antes el icónico Centre Pompidou. La Potsdamer Platz se concibe entonces como *una mezcla única de arte, entretenimiento, compras y aire cosmopolita*, es decir, como un auténtico monumento al goce más hedonista que Marshall Berman ha leído en clave faustiana. Otros desarrollos como la reestructuración urbana que están sufriendo los espacios a las orillas del río Spree en los barrios de Kreuzberg y Friedrichshain sigue el mismo curso. Según el conocido discurso de la *gentrification* son principalmente las clases medias las que demandan que sus experiencias urbanas se transformen en un evento, lo que lleva a la estilización y estetización de la vida diaria. Es decir, sus compras se convierten en entretenimiento al tiempo que su mirada se vuela cada vez más contemplativa. Pero las clases trabajadoras de la periferia también se acercan a estos centros urbanos los fines de semana de asueto para ser partícipes del entretenimiento comercial. Tengamos en cuenta que el tiempo 'libre' o 'disponible' tanto del turista como del consumidor es parte de la disciplina productiva o, con otras palabras, es parte de un tiempo que organiza la forma más adecuada de gastarse el

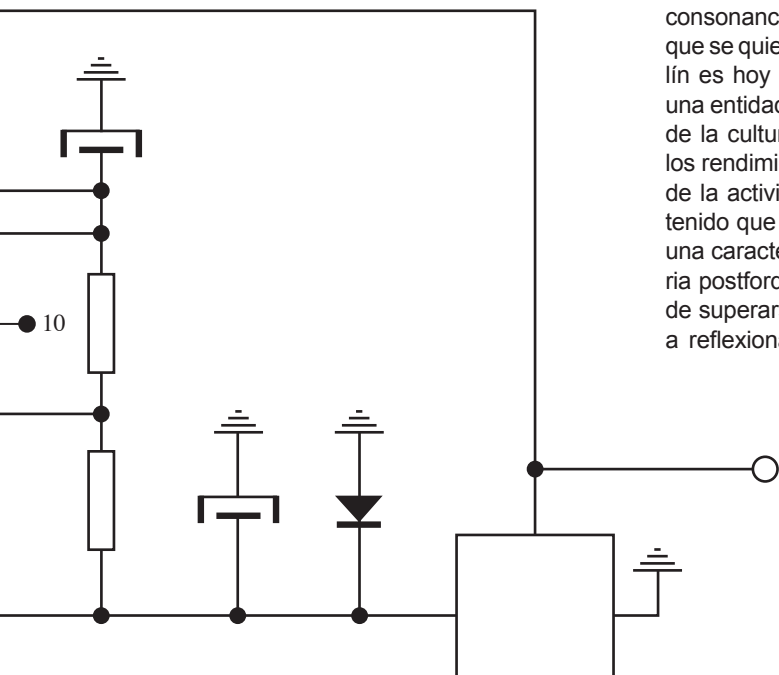
salario. Pero esto ya era una característica de la relación salarial fordista y no tiene nada de nuevo. Georg Simmel había puesto el entretenimiento comercial en relación a la monotonía propia del proceso productivo en el que los trabajadores al no sentir ninguna vinculación posible con el objeto de su producción se tendrían que consolar con la estimulación artificial que les ofrece el mundo del consumo. En el fondo este es un tema bien estudiado, y en el cambio de siglo tanto Simmel como Benjamin lo habían visto perfectamente representado en las Exposiciones Universales. Si Benjamin se refería a las Exposiciones Universales como una fantasmagoría que envuelve a la persona a fin de entretenerla, para Simmel las Exposiciones Universales eran una forma de socialización. Más importante, en las Exposiciones Universales Simmel ya había observado una dimensión estética que tiene que ver con la forma cómo las más variadas mercancías son expuestas, es decir, la cualidad de escaparate de la mercancía, uno de los logros sociales más *espectaculares* de finales del siglo XIX. Y Simmel llevaba a cabo sus reflexiones sobre la mercancía en exhibición tomando como ejemplo la Berliner Gewerbeausstellung de 1896.

Ahora bien, estos procesos son relativamente obvios y en ningún caso son consustanciales a la ciudad de Berlín, sino que forman parte de lo que se ha dado en llamar la *ciudad empresarial*. En cuanto tal, la ciudad ha de poder ofrecerle tanto al turismo como al consumo más generalizado algo más que *shopping malls*. Estamos pensando en valores culturales que estén en consonancia con cierta imagen representativa que se quiere para la ciudad. Está claro que Berlín es hoy (re)pensada y (re)presentada como una entidad cultural cuyo valor como metrópolis de la cultura y las artes se juega su futuro en los rendimientos que se extraen principalmente de la actividad turística. Es decir, la ciudad ha tenido que convertirse en un evento; lo cual es una característica típica de la metrópolis terciaria postfordista. Y en esto Berlín ha sido capaz de superarse a sí misma. Pero si nos paramos a reflexionar en la fantasmagoría benjaminiana-

na que, como tal, hace referencia al mundo de las apariencias y, por tanto, de los fetiches; la apariencia alude siempre a algo que va más allá de lo que aparece en la superficie, o de lo que es meramente representado. Es decir, el valor cultural real que Berlín en cuanto ciudad-evento transmite no es por sí mismo evidente. La representación de lo político, lo económico y lo cultural en Berlín en cuanto *fantasma* o apariencia sólo lo puede ser de otra cosa a la que alude, y añadimos ahora, a la que alude ideológicamente. Es decir, lo característico de Berlín en cuanto metrópolis postfordista trasciende la evidente necesidad económica que Berlín tiene de reinventarse a sí misma. Una ciudad que no es ni la capital económica ni la capital financiera de Alemania. Los valores culturales que circulan en Berlín son creados y fomentados como parte de un determinado, y esta es nuestra tesis, *proyecto hegemónico*; es decir, se entienden en Berlín formando parte de un proceso ideológico-hegemónico de legitimación. Refiriéndose a la capitalidad de Berlín el senador de la CDU Jörg Schönbohm decía en el año 1996 que Berlín *ya no es más la suma de sus barrios, sino que representa el centro de Alemania ante la opinión pública mundial*.

Este *proyecto hegemónico* lo podemos identificar como aquel producido por los gestores políticos y económicos acerca de la 'nueva' Alemania unificada, lo que para Berlín en cuanto capital del nuevo estado ha significado una extraordinaria intervención en su estructura urbana. Como ya hemos señalado no se ha tratado únicamente de hacerle un lugar a las corporaciones internacionales que se querían establecer en la nueva capital; o de modernizar un área extensísima destinada a las funciones burocráticas del estado, el conocido Regierungsviertel. Se ha tratado de inventar la ciudad de nuevo, y en este marco concreto el relato histórico ha pasado a jugar un papel fundamental. Tengamos en cuenta que uno de los procesos de renovación urbana que es central en los debates acerca de la metrópolis postfordista es el redescubrimiento y remodelación de los centros históricos urbanos. Aquí se pone en escena un aspecto ideológicamente clave como es el de la tradición y la historia que sirven, sin duda, a la revaluación económica de los lugares en cuestión. No todas las remodelaciones urbanas en Berlín siguen este modelo pero sí algunas de las más paradigmáticas. Veamos ahora un ejemplo de ello.

Es interesante observar de cerca todo el proceso que ha conducido a la demolición o desmantelamiento del Palast der Republik, el edificio quizás más emblemático de la extinta República Democrática Alemana que había sido concebido como casa de ocio y parlamento. En 1990 el edificio fue cerrado debido a la contaminación por amianto que había sido inyectado como protección contra incendios. En el año 2002 el parlamento alemán votaba por mayoría (87%) a favor de su desmantelamiento. Antes, en 1994, se tomaba la decisión (que no tenía nada que ver con la contaminación por amianto del edificio) de renombrar la plaza donde se situaba el 'Palast', la Marx-Engels Platz, como Schlossplatz en referencia al antiguo Palacio Real de los emperadores alemanes que había sido dinamitado en 1950 por las autoridades comunistas después de que quedara en un ruinoso estado debido a los bombardeos aliados. De hecho, desde los años 90 las autoridades políticas ya se referían a este espacio urbano como un *Loch* [agujero] en el medio de la ciudad. Considerar que desde un punto de vista urbanístico este espacio estaba aún por hacer era una forma de incidir en la inadecuación del 'Palast' o, si se quiere, de poner en cuestión la reforma urbanística en torno a la Marx-Engels Platz con el eje de la Alexanderplatz que las autoridades berlinesas acometieron en los años 60. No hay que olvidar que aquí se situaba el centro de la república socialista. Parece claro entonces que el desmantelamiento del Palast der Republik había comenzado en el mismo momento de la caída del muro, o el 'Palast' se fue desmoronando con el muro. De hecho,



desde su cierre el 'Palast' se fue convirtiendo en una ruina que parecía que se iba a caer en cualquier momento. Con el cambio de nombre de la plaza se impugnó en lo simbólico la función representativa que este espacio tenía en la república socialista al mismo tiempo que se afirmaba una nueva legitimidad histórica. La Alemania 'unificada' se declaraba así heredera del *Deutsche Kaiserreich*. En este sentido es importante prestar atención a lo que tenía que decir la comisión internacional de expertos "Historische Mitte Berlin", a la que se le asignó en el año 2001 en representación del gobierno la tarea de llevar a cabo una evaluación social, cultural y económica de esta área urbana con vistas a su futuro desarrollo. Su presidente Hannes Swoboda afirmaba que desde el punto de vista de su diseño arquitectónico y su ubicación urbana el Palast der Republik no constituía un *recuerdo óptimo del pasado*. Esta afirmación no era gratuita, y estaba basada en hechos 'científicos' que la comisión de expertos se encargó de presentar.

A fin de poder impugnar la función representativa del Palast der Republik, sin tener que referirse directamente a los condicionantes políticos que conducían a que la única decisión posible con respecto al 'Palast' era su derribo, había que disfrazar la decisión política con argumentos 'científicos' extraídos de la historia pero en consonancia con la imagen multicultural, abierta y comunicativa que se quiere para Berlín. Es decir, se trataba de fusionar el pasado y la más inmediata modernidad. Así pues, era ineludible establecer un vínculo de algún tipo, una legitimación plausible, que justificase tanto el derribo del 'Palast' como la nueva ordenación urbana del lugar. En relación a esto hemos señalado que uno de los procesos de renovación urbana que es central en los debates acerca de la metrópolis postfordista es el redescubrimiento y remodelación de los centros históricos urbanos. Aquí se pone en escena el valor, tanto ideológico como económico, de la tradición y la historia. La comisión internacional de expertos "Historische Mitte Berlin" señalaba a este respecto que el Palast der Republik no había conseguido reemplazar el 'vacío' dejado por la destrucción del Palacio

Real. Desde un punto de vista urbanístico esta idea de un 'vacío' o de un área 'débil', como también se denominó, se basaba en el hecho de que el edificio del Palast der Republik no respetaba la estereometría original del Palacio Real. En cambio, la estereometría, es decir, el volumen arquitectónico y la orientación espacial del Palacio Real sí que había servido de orientación para la estructura urbana adyacente. Por ello la comisión internacional de expertos consideraba crucial que toda solución a adoptar con respecto a esta área tenía que ser 'justa' con la estructura urbana histórica y su significado. El conjunto urbanístico de la Alexanderplatz y la Marx-Engels Platz donde se situaba el Palast der Republik no formaban parte de esa 'historia'. Frente al Palast der Republik, considerado como un cuerpo extraño en el lugar en el que se ubicaba, la comisión internacional de expertos sí consideraba que el Palacio Real había determinado de manera decisiva el desarrollo urbano del centro, especialmente el denominado Forum Fridericianum, la 'isla de los museos', la catedral y el Marstall que, a pesar del 'Palast', se encuentran en un diálogo arquitectónico constante con el Palacio Real. Este conjunto urbano se dispone principalmente alrededor del conocido bulevar Unter den Linden. Aquí nos encontramos con una serie de edificaciones históricas, algunas restauradas, otras reconstruidas, que junto al Palacio Real forman un todo coherente. Tomados en su conjunto estos edificios formaron desde el siglo XVIII el centro político, administrativo, militar y arquitectónico-representativo de Prusia. Esta ordenación urbana constituye el centro histórico de Berlín que desde la reunificación las autoridades federales se han propuesto restaurar. Por otra parte,

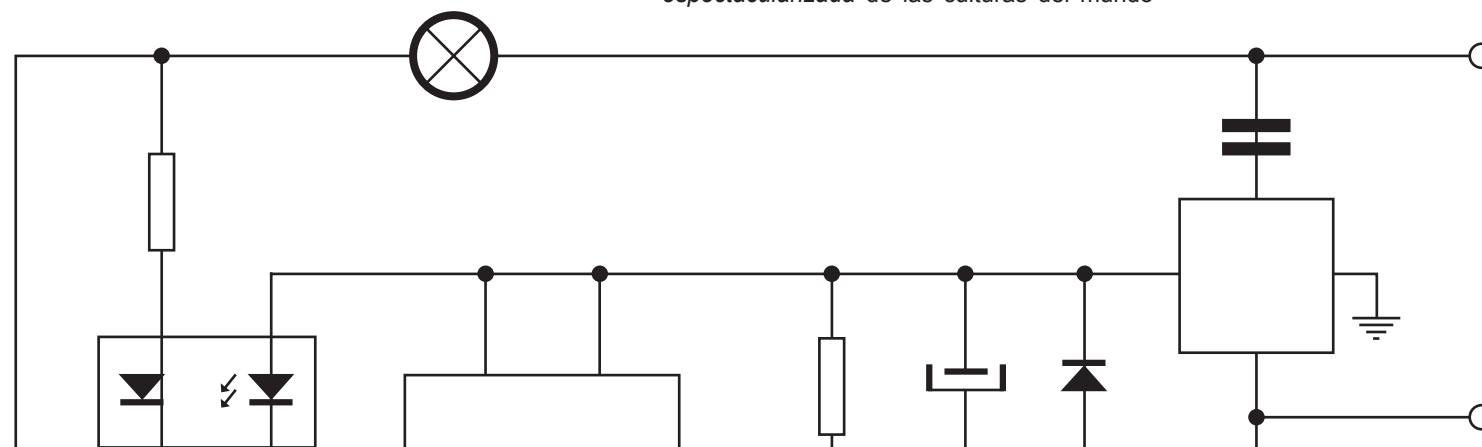
este complejo arquitectónico muestra la labor de los inspectores de obras públicas del gobierno prusiano y sus arquitectos jefes, desde Wenzeslaus von Knobelsdorff hasta Karl Friedrich Schinkel, cuya principal responsabilidad al ser nombrado Inspector Superior de Obras Públicas al servicio de Federico II el Grande fue el rediseño de Berlín como capital y expresión apropiada del nacionalismo y el militarismo prusiano. Al observar con atención la reestructuración actual de este espacio urbano la conexión histórica se vuelve evidente. Ahora bien, en esta remodelación urbana no se trata de restaurar un nostálgico pasado regio. El discurso se dirige por otros derroteros. Aquí, es la cultura la entronizada.

Según el plan que a día de hoy sigue en pie, en este espacio urbano un cierto Humboldt-Forum va a ser erigido. Este Humboldt-Forum supone la reconstrucción parcial del antiguo Palacio Real y, por tanto, recuperar la ordenación urbana 'original'. La cuestión es que el Humboldt-Forum que se proyecta como un gran espacio museal y de entretenimiento se concibe como el complemento perfecto de la 'isla de los museos', es decir, completa el *Freistätte für Kunst und Wissenschaft, el santuario del arte y la ciencia*, tal y como Wilhelm von Humboldt lo había concebido. Peter-Klaus Schuster, hasta el 2008 director general de los museos estatales en Berlín, lo expresaba ante la comisión internacional de expertos de forma sobresaliente: *Exactamente en el lugar en el que el ocaso de Prusia se consumió simbólicamente, debe ahora ser expuesto lo mejor de Prusia, esto es, la riqueza enciclopédica atesorada en sus museos...* Ya no hay pues dialéctica de la ilustración, como quería la teoría crítica frankfurtiana, sino que se fomenta una mirada complaciente que, como en el caso de Odiseo, se ha de dejar amarrar al mástil de la nave para poder disfrutar de la representación *espectacularizada* de las culturas del mundo

que se encumbran a-política y a-ideológica-mente para ocultar el fracaso humano que ha supuesto la civilización burguesa. Entre bolsas de compras y una reproducción en goma elástica de la torre de la televisión, el intercambio *shopping-cultural* se sueña como si se tratase de una placentera tertulia entre von Goethe, von Schiller y Alexander von Humboldt.

NOTA

Para todas las referencias y análisis contenidos en este artículo se puede consultar del autor:
 - *Iconoclasia, historia del arte y lucha de clases*, Trama editorial, Madrid, 2009;
 - "Berlín, hacia una nuevo centro histórico. Remodelación urbana y proyecto hegemónico", conferencia pronunciada en el curso de verano "A espectacularización da cultura", Universidade de Santiago de Compostela, 28-31 julio, 2009; se puede consultar en www.critical-aesthetics.com;
 - "Ideology, Iconoclasm, and the Wunderkammer of Berlin", *Rethinking Marxism*, Volume 21, Issue 3, (2009);
 - "El déboulonnage del Palast der Republik: Ideología, iconoclasia moderna y la Wunderkammer capitalista en Berlín", *Nómadas. Revista crítica de ciencias sociales y jurídicas*, 18, (2008.2).



Die ideologische Anrufung Berlins

Der Krieg war kalt, doch es war Krieg, und jetzt ist er verloren. So besang 1993 Antón Reixa den Fall der Berliner Mauer. Der Sieg des „demokratischen“ und „bürgerrechtlichen“ Westens setzte der „Okkupation“ eines seiner Schmuckstücke ein Ende. Die Rede ist von Berlin, das sich endlich als Stadt wiedererfinden und nicht nur die berühmte Mauer, sondern auch seinen Ruf als Proteststadt der 70er Jahre überwinden konnte. Seither hat Berlin, wenn auch nicht ohne Widersprüche, die komplette kulturelle Dramatik durchlebt, die man von der Schumpeterschen Kreativität des Kapitals verlangen kann. Berlins dynamischer Urbanismus folgte auf einen Prozess der Neuordnung, des Abrisses, der Auflösung, des Wiederaufbaus und der Rekonstruktion, ein Prozess, dessen Ziel es zu sein schien, die Verbindung zwischen Vergangenheit und Gegenwart zu vertiefen, die die historische „Lücke“ namens Deutsche Demokratische Republik in Frage gestellt hatte. Tatsächlich ist es dem neuen Berlin hervorragend gelungen, diese unbequeme Vergangenheit hinter sich zu lassen. Sie wurde einfach abgerissen oder verdrängt, oder in Objekte des ästhetischen Genusses für die Blitzlichter der Touristen und anderer zerstreuter Flaneure verwandelt; man braucht sich nur den fabelhaften Zustand des ehemaligen Staatsratsgebäudes und heutigen Sitzes der European School of Management and Technology direkt am Schlossplatz anzuschauen, wo das gesamte „sozialistische Drumherum“ erhalten geblieben ist. Eine erste Vorstellung von diesem Genuss oder ästhetischen Blick des Touristen gab uns bekanntlich Odysseus, der sich von der Kantischen *Zweckmäßigkeit ohne Zweck* des interesselosen Betrachters

josé maría durán medraño

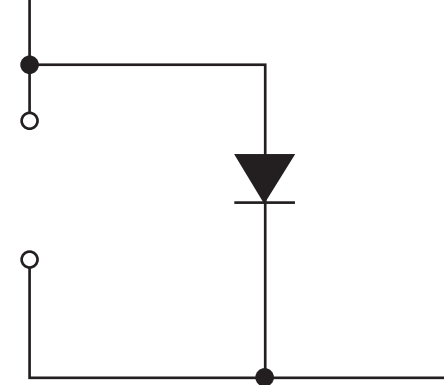
Promotion in Kunstgeschichte und derzeit lehrt er Europäische Kulturgeschichte an der Hochschule für Musik Hanns Eisler. Durán Medraño hat zahlreiche Artikel für internationale Zeitschriften verfasst. Zu seinen Veröffentlichungen zählen unter anderem: Hacia una crítica de la economía política del arte (2008) und Iconoclasta, historia del arte y luchas de clases (2009), für das ihm der Preis „Escritos sobre Arte“ der Fundación Arte y Derecho verliehen wurde.

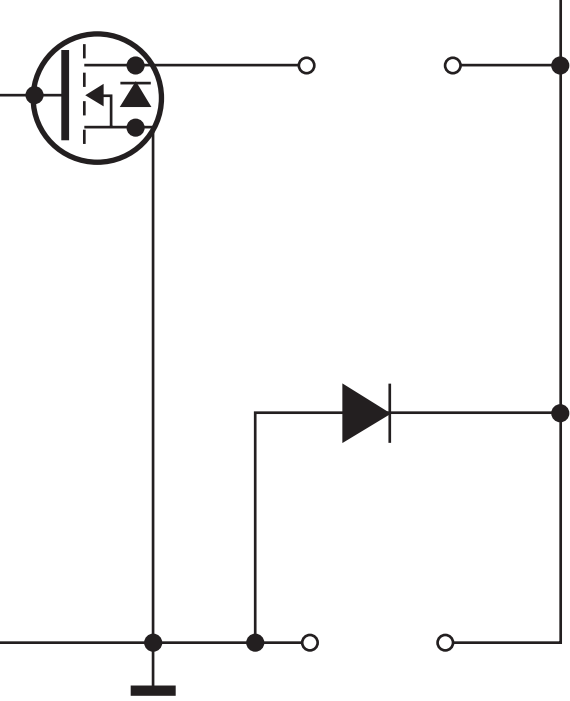
leiten ließ und dadurch in der Lage war, den Gesang der Sirenen in ein reines Kunstwerk zu verwandeln, wie es Horkheimer und Adorno so treffend beschrieben haben: „Ihre Lockung wird zum bloßen Gegenstand der Kontemplation neutralisiert, zur Kunst.“ Das Paradoxe an dieser interesselosen Kontemplation ist, dass sie sich als eine ideologische Unterwerfung unter die Interessen bestimmter gesellschaftlicher Kräfte erweist. So konnten wir zum Beispiel 2006 Zeugen der Idee (Ideologie) *Deutschland, Land der Ideen* sein, einem grotesken technologisch-kulturellen Spaziergang, der *hinter dem äußeren Schein* Deutschland seine neuste Vergangenheit zurückgegeben hat: Von den Kopfschmerzen, die sich der Rest der Welt dank der unschätzbaren Hilfe der Aspirin-Tabletten erlauben kann, bis hin zu den innovativen Fußballschuhen des großen Adi Dassler, mit denen die deutsche Nationalmannschaft ihre erste Weltmeisterschaft gegen das übermächtige ungarische Team gewann; es war das Jahr 1954, und der Kalte Krieg hatte gerade erst begonnen. Überflüssig zu erwähnen, dass, mit Marx gesprochen, die interesselose Kontemplation dieser kulturellen und technologischen Errungenschaften die Produktionsbedingungen verdeckt, die besagte Errungenschaften erst ermöglichen. Wir stehen einer zum Fetisch erhobenen Welt von Objekten gegenüber, die die kollektive Anstrengung symbolisieren sollen, zugleich aber die sozialen, ökonomischen und politischen Bedingungen, die sie überhaupt ermöglicht haben, verschweigen.

Was uns in diesem Zusammenhang interessiert, ist die Art und Weise, wie eine ganz bestimmte Legitimationsideologie, die über ein spezifisches *Bild* der politischen (wie im Regierungsviertel) oder ökonomischen Macht (wie am Potsdamer Platz) hinausgeht, im urbanen Raum Gestalt annimmt. Dennoch ist der Potsdamer Platz ein anschauliches Beispiel dafür, wie Wirtschaftsunternehmen den öffentlichen Raum in Besitz nehmen und ihn zu einem Raum des Handelns und der Kommunikation umgestalten, der an den Austausch von Gesten, Worten und Waren im Sinne von Montesquieus berühmter These des *doux commerce* erinnert. Man sieht, dass die Ideologie nicht nur eine materielle Grundlage hat, sondern auch ein Teil des Produktionsprozesses ist.

Bereits 1929 wusste Franz Hessel, bekannter Berliner Flaneur im Geiste Walter Benjamins,

von den neuartigen Tendenzen der Berliner Architekten zu berichten, die nicht nur die Außenbezirke der Stadt, sondern auch das historische Zentrum umgestalten wollten: „Der künftige Potsdamer Platz wird von zwölfgeschossigen Hochhäusern umgeben sein“, bemerkt Hessel in *Spazieren in Berlin*. Beim postmodernen Potsdamer Platz der Gegenwart sind diese relativ bescheidenen Erwartungen bei Weitem übertroffen worden. Sein öffentlich genutzter Raum vermischt sich mit dem *Corporate Image* der Unternehmen, die diesen Raum finanziert haben, wie der berühmte Fall des „Sony Center“ veranschaulicht. Auch wenn der Gebäudekomplex inzwischen nicht mehr Sony, sondern einer deutsch-amerikanischen Investmentgesellschaft gehört, ist der Ort ein hervorragendes Beispiel dafür, was treffend als *räumliche Unternehmenspolitik* bezeichnet wird. Im konkreten Fall ging es darum, in einen fruchtbaren Dialog mit dem historischen Potsdamer Platz der Weimarer Republik zu treten. Fungierte der Platz in den goldenen zwanziger Jahren des vergangenen Jahrhunderts als eines der wichtigsten urbanen und wirtschaftlichen Zentren Berlins, so dient er in seiner heutigen, restaurierten Form in erster Linie dem Kommerz und dem Vergnügen unter dem zum Spektakel erhobenen Schutz der Unternehmen, wie es das spektakuläre Dach des „Sony Center“ auf treffende Weise symbolisiert. Auch in der





angrenzenden „Daimler-City“ wurde ein Drittel des Raums Hotels, Malls und Kinos gewidmet. Dieselben Architekten hatten noch zwanzig Jahre zuvor das ikonische Centre Pompidou in Paris entworfen. Der heutige Potsdamer Platz lässt sich als eine „einzigartige Mischung aus Kunst, Entertainment, Konsum und kosmopolitischem Flair“ begreifen, das heißt, als ein *authentisches Denkmal des hedonistischsten Genusses*, wie Marshall Berman den Potsdamer Platz in faustischem Ton gedeutet hat. Andere Entwicklungen wie etwa die städtebauliche Umstrukturierung der Grundstücke am Spreeufer in Kreuzberg und Friedrichshain verfolgen denselben Plan. Dem bekannten Diskurs der Gentrifizierung zufolge ist es vor allem die Mittelschicht, die ihre städtischen Erfahrungen in ein Event verwandelt sehen will, was zu einer zunehmenden Stilisierung und Ästhetisierung des Alltags führt. Während Einkaufen zu reiner Unterhaltung wird, gerät der Blick immer kontemplativer. An den Wochenenden strömen jedoch auch Vertreter der Arbeiterklasse in die urbanen Zentren, um am kommerziellen Vergnügen zu partizipieren. Wir dürfen nicht vergessen, dass auch die „freie“ oder „verfügbare“ Zeit sowohl des Touristen als auch des Konsumenten ein Teil der produktiven Disziplin ist – oder mit anderen Worten: Sie ist Teil einer Zeit, in der sich alles darum dreht, wie man am besten seinen Lohn ausgibt. Dies war bereits ein Merkmal des fordistischen Lohnmodells

und ist somit nichts Neues. Georg Simmel hatte das Vergnügen des Konsumierens in Verhältnis zur Monotonie des Produktionsprozesses gesetzt: Da der Arbeiter keine Beziehung mehr zu den Gegenständen empfindet, die er produziert, muss er sich mit der künstlichen Stimulation der Welt des Konsums trösten. Im Grunde wurde dieses Thema bereits ausgiebig behandelt, und sowohl für Simmel als auch Benjamin dienten die Weltausstellungen der Jahrhundertwende als perfekte Beispiele ihrer Untersuchungen. Waren die Weltausstellungen für Benjamin ein Trugbild, das die Menschen verzauberte, um sie zu unterhalten, so waren sie für Simmel eine Form der Sozialisation. Aber was noch wichtiger war: Simmel hatte in den Weltausstellungen bereits eine ästhetische Dimension erkannt, die etwas mit der Art und Weise zu tun hatte, wie die verschiedenen Waren präsentiert wurden, das heißt mit ihrem „Schaufensterwert“, einer der spektakulärsten sozialen Errungenschaften des 19. Jahrhunderts. Simmel führte seine Betrachtungen zur ausgestellten Ware anhand der Berliner Gewerbeausstellung von 1896 fort.

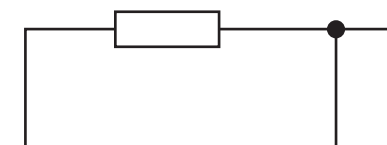
Die erwähnten Prozesse erscheinen relativ offensichtlich und beschränken sich keinesfalls auf Berlin, vielmehr sind sie Teil dessen, was heute die *Unternehmerstadt* genannt wird, wobei die Stadt sowohl dem Touristen als auch dem Konsumenten im weiteren Sinne etwas mehr als nur Shopping-Malls bieten muss. Wir denken dabei an kulturelle Werte, die mit einem bestimmten repräsentativen Bild korrespondieren, das die Stadt von sich vermitteln will. Berlin versteht und präsentiert sich heute (wieder) als eine kulturelle Entität, deren zukünftige Bedeutung als Kunst- und Kulturmetropole in erster Linie von den Einnahmen aus dem Tourismus abhängen wird. Der Stadt blieb nicht anderes übrig, als sich in ein Event zu verwandeln – ein wesentliches Merkmal der postfordistischen Dienstleistungsmetropole. In diesem Punkt ist es Berlin tatsächlich gelungen, sich selbst zu übertreffen. Doch lassen Sie mich einen Moment innehalten

und noch einmal auf die Benjaminschen Trugbilder zurückkommen, die sich ihrem Wesen nach auf die Welt des Scheins und folglich die der Fetische beziehen; der Schein spielt immer auf etwas an, das über die Oberfläche oder das lediglich Repräsentierte hinausgeht. Der wirkliche kulturelle Wert Berlins als Eventhauptstadt ist nicht zwangsläufig offensichtlich. Die Repräsentation des Politischen, Ökonomischen und Kulturellen kann nur die von etwas anderem sein, auf das sie anspielt – ideologisch anspielt, wie wir hinzufügen möchten. Das bedeutet, das Charakteristische von Berlin hinsichtlich seiner Bedeutung als postfordistische Metropole geht über die ökonomische Notwendigkeit, sich permanent selbst neu zu erfinden, hinaus. Einer Stadt, die weder die ökonomische noch finanzielle Hauptstadt Deutschlands ist. Die in Berlin zirkulierenden kulturellen Werte sind als Teil eines ganz bestimmten – und das ist unsere These – hegemonialen Projekts geschaffen und gefördert worden, das heißt, die kulturellen Werte Berlins sind als Teil eines ideologisch-hegemonialen Legitimationsprozesses zu betrachten. Bezogen auf den Hauptstadtstatus Berlins sagte der damalige Berliner Innensenator Jörg Schönbohm (CDU) 1996, dass Berlin „nicht mehr die Summe seiner Kieze ist, sondern das Zentrum Deutschlands vor der Weltöffentlichkeit repräsentiert“.

Dieses hegemoniale Projekt können wir als jenes identifizieren, das die politischen und wirtschaftlichen Vermittler in Bezug auf das „neue“, wiedervereinigte Deutschland geschaffen haben, ein Projekt, das für Berlin hinsichtlich seiner Hauptstadtfunktion des neuen Staates einen außergewöhnlichen Eingriff in die urbane Struktur bedeutet hat. Wie bereits aufgezeigt, ging es nicht allein darum, aus Berlin einen Ort für internationale Unternehmen zu machen, die sich in der neuen Hauptstadt niederlassen wollen. Oder darum, ein ausgedehntes Areal für die bürokratischen Funktionen des Staates zu errichten, das Regierungsviertel. Es ging darum, die Stadt neu zu erfinden, und in diesem konkreten Rahmen spielte die Geschichte der Stadt eine entscheidende Rolle. Man bedenke, dass einer der in den Debatten über die postfordistische Metropole zentralen Punkte die Wiederentdeckung und Umgestaltung der historischen Stadtzentren ist. An dieser Stelle tritt ein ideologisches Schlüsselmoment zu Tage, der der Tradition und der Geschichte, die zweifellos einer ökonomischen Neubewertung der fraglichen Orte dienen. Nicht alle städtischen

Umgestaltungsmaßnahmen folgen diesem Modell, aber doch einige der paradigmatischsten. Schauen wir uns ein Beispiel an.

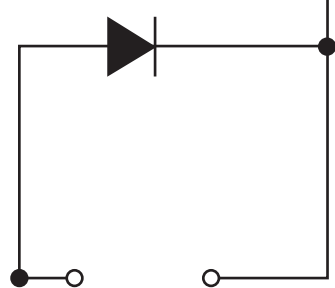
Es ist aufschlussreich, einmal den gesamten Prozess näher zu betrachten, der zum Abriss oder zur Zerstörung des Palastes der Republik geführt hat, dem Gebäude, das vielleicht am besten die untergegangene DDR versinnbildlicht und das als Parlament und Freizeitstätte entworfen worden war. 1990 wurde das Gebäude wegen Asbestbelastung geschlossen. 2002 stimmte das deutsche Parlament mit großer Mehrheit (87%) für den Abriss. Einige Jahre zuvor, 1994, war der Beschluss (der nichts mit der Asbestbelastung des Gebäudes zu tun hatte) gefasst worden, den Platz mit dem Palast der Republik von Marx-Engels-Platz in Schlossplatz umzubenennen – eine Referenz an das ehemalige Schloss der deutschen Kaiser, das 1950 von den kommunistischen Machthabern aufgrund seiner Baufälligkeit nach den Bombardierungen der Alliierten gesprengt worden war. Tatsächlich sprach die Politik seit den 1990er Jahren von diesem städtischen Raum als einem *Loch* in der Mitte der Stadt. Bedenkt man, dass der Ort vom städteplanerischen Standpunkt aus erst noch gestaltet werden musste, so war dies eine Form, um die Unangemessenheit des „Palastes“ zu unterstreichen oder, wenn man so will, die städtebauliche Reform der Gegend um den Marx-Engels-Platz mit der Achse des Alexanderplatzes, die die Ostberliner Verwaltung in den 1960er Jahren in Angriff genommen hatte, in Frage zu stellen. Es darf nicht vergessen werden, dass sich hier das Zentrum des sozialistischen Staates befand. Der Abriss des Palastes der Republik fing also bereits zum selben Zeitpunkt wie der Fall der Mauer an, oder anders gesagt, der „Palast“ wurde mit der Mauer abgerissen. Tatsächlich verwandelte sich der „Palast“ seit seiner Schließung in eine Ruine, die jeden Moment



einzustürzen drohte. Mit der Namensänderung wurde auf symbolische Weise die repräsentative Funktion, die der Platz in der DDR besessen hatte, in Frage gestellt, während zur selben Zeit eine neue historische Rechtmäßigkeit behauptet wurde. Auf diese Weise erklärte sich das „wiedervereinigte“ Deutschland zum Erbe des Deutschen Kaiserreichs. In dieser Hinsicht muss man den Worten der internationalen Expertenkommission „Historische Mitte Berlin“ Beachtung schenken, die 2001 in Vertretung der Bundesregierung mit der Aufgabe betraut wurde, eine soziale, kulturelle und wirtschaftliche Bewertung dieses städtischen Areals in Hinblick auf seine zukünftige Entwicklung vorzunehmen. Hannes Swoboda, der Präsident der Kommission, bestätigte, dass der Palast der Republik vom Gesichtspunkt seiner Architektur und seiner Lage in der Stadt „keine optimale Erinnerung an die Vergangenheit“ darstelle. Die Behauptung war nicht willkürlich, sie basierte auf „wissenschaftlichen“ Tatsachen, die die Expertenkommission präsentierte.

Um die repräsentative Funktion des Palastes der Republik anfechten zu können, ohne sich direkt auf die politischen Voraussetzungen zu beziehen, die den Abriss als einzig mögliche Entscheidung anzusehen schienen, musste der politische Beschluss mit „wissenschaftlichen“ Argumenten verschleiert werden, die auf die Geschichte zurückzuführen waren, aber auch im Einklang mit dem selbst erklärten multikulturellen, weltweiten Bild der Stadt standen. Vergangenheit und unmittelbare Gegenwart sollten miteinander verschmelzen. Dafür war es unumgänglich, eine passende Verbindung herzustellen, eine plausible Legitimation, die sowohl den Abriss des Palastes als auch die städtebauliche Neuordnung des gesamten Areals rechtfertigte. Wir haben bereits darauf hingewiesen, dass einer der in den Debatten über die postfordistische Metropole zentralen Prozesse der städtischen Erneuerung die Wiederentdeckung und Umgestaltung der historischen Stadtzentren ist. An dieser Stelle wird die – sowohl ideologische als auch wirtschaftliche – Bedeutung von Tradition und Geschichte angeführt. Die internationale Expertenkommission „Historische Mitte Berlin“ unterstrich, dass es dem Palast der Republik nicht gelungen sei, die durch die Zerstörung des Schlosses entstandene „Lücke“ zu schließen. Von einem städtebaulichen Standpunkt aus betrachtet, stützte sich die Idee einer „Lücke“ oder eines „schwachen“ Areals, wie es auch hieß, auf die Behauptung, dass der Palast der Republik nicht

die ursprüngliche Stereometrie des Schlosses respektiere. Dagegen habe die Stereometrie (also der architektonische Raum und die räumliche Orientierung) des Schlosses sehr wohl als Orientierungspunkt für das angrenzende städtische Gefüge gedient. Für die internationale Expertenkommission war daher entscheidend, dass jeder zu fassende Beschluss hinsichtlich des Areals „gerecht“ gegenüber der historischen Stadtstruktur und ihrer Bedeutung sein musste. Das städtebauliche Ensemble von Alexanderplatz und Marx-Engels-Platz, wo der Palast der Republik bis zu seinem Abriss stand, gehörten in ihren Augen nicht zu dieser „Geschichte“. Im Gegensatz zum Palast der Republik, der als Fremdkörper empfunden wurde, befand die Kommission, dass das Schloss maßgeblich die Entwicklung des Stadtzentrums bestimmt habe, vor allem das so genannte Forum Fredericianum, die Museumsinsel, der Dom und der Marstall, die sich im Gegensatz zum Palast der Republik in einem permanenten architektonischen Dialog mit dem Schloss befunden hätten. Dieses städtebauliche Ensemble erstreckt sich im Wesentlichen entlang der bekannten Prachtstraße Unter den Linden. Hier finden sich eine ganze Reihe von historischen Gebäuden – einige von ihnen restauriert, andere wieder aufgebaut –, die zusammen mit dem Schloss ein kohärentes Ganzes bilden. In ihrer Gesamtheit bildeten diese Gebäude seit dem 18. Jahrhundert das politische, administrative, militärische und architektonisch-repräsentative Zentrum Preußens. Diese städtische Anordnung bildet das historische Zentrum Berlins, das sich die Bundesbehörden seit der Wiedervereinigung vorgenommen haben zu restaurieren. Zugleich ist dieser architektonische



Komplex ein Beispiel für die Arbeit der Bauräte der preußischen Regierung und ihrer Chefarchitekten, von Wenzeslaus von Knobelsdorff bis zu Karl Friedrich Schinkel, dessen Hauptverantwortung nach seiner Ernennung zum Oberlandesbaudirektor im Dienst von Friedrich dem Großen in der Neugestaltung Berlins als Hauptstadt und Sinnbild des preußischen Nationalismus und Militarismus lag. Wirft man einen aufmerksamen Blick auf die gegenwärtige Umgestaltung dieses Areals, wird die historische Verbindung offensichtlich. Allerdings geht es bei der jetzigen Umgestaltung nicht darum, auf nostalgische Weise eine königliche Vergangenheit zu restaurieren. Der Diskurs bewegt sich auf anderen Wegen. Hier wird die Kultur auf den Thron erhoben.

Laut des bis heute bestehenden Plans soll auf dem Schlossplatz das so genannte Humboldt-Forum errichtet werden. Das Humboldt-Forum setzt den teilweisen Wiederaufbau des alten Stadtschlosses voraus und demzufolge die Wiederherstellung der „ursprünglichen“ städtischen Ordnung. Die Frage ist, ob sich das Humboldt-Forum – das als ein großer musealer und der Unterhaltung dienender Raum gedacht ist – als die perfekte Ergänzung der Museumsinsel begreift, das heißt, als die „Freistätte für Kunst und Wissenschaft“, wie sie Wilhelm von Humboldt geplant hatte. Peter-Klaus Schuster, bis 2008 Generaldirektor der Staatlichen Museen von Berlin, drückte dies vor der internationalen Expertenkommission auf kluge Weise aus: „Genau an der Stelle, an der sich der Untergang Preußens symbolisch vollendete, soll heute das Beste an Preußen, das heißt der in seinen Museen angehäufte enzyklopädische Reichtum ausgestellt werden...“ Es gibt keine Dialektik der Aufklärung mehr, wie sie die Kritische Theorie der Frankfurter Schule forderte.

Stattdessen wird heute ein gefälliger Blick begünstigt, der sich, wie im Fall von Odysseus, an den Schiffsmast fesseln lassen muss, um die in ein Spektakel verwandelte Repräsentation der Weltkulturen zu genießen, die sich apolitisch und entideologisiert erheben, um das menschliche Scheitern der bürgerlichen Zivilisation zu verbergen. Zwischen Einkaufsstützen und einer Nachahmung des Fernsehturms aus Gummi träumt der *konsumistisch-kulturelle* Austausch, er sei ein nettes Gespräch zwischen Goethe, Schiller und Alexander von Humboldt.

Anmerkung

Sämtliche in diesem Artikel enthaltenen Verweise und Untersuchungen sind in den folgenden Veröffentlichungen des Autors zu finden:

- *Iconoclasia, historia del arte y luchas de clases*. Trama editorial, Madrid 2009.
- „Berlín, hacia un nuevo centro histórico. Remodelación urbana y proyecto hegemónico“, Vortrag an der Universität von Santiago de Compostela im Juli 2009 (s. www.critical-aesthetics.com).
- „Ideology, Iconoclasm, and the Wunderkammer of Berlin“, in: *Rethinking Marxism*, Volume 21, Issue 3, (2009).
- „El déboulonnage del Palast der Republik: Ideología, iconoclasia moderna y la Wunderkammer capitalista en Berlín“, in: *Nómadas. Revista crítica de ciencias sociales y jurídicas*, 18, (2008.2).

